

Un proyecto emergente: el Programa de Empleo Temporal y el patrimonio

Teresita Loera Cabeza de Vaca y Frida Itzel Mateos González*

Este documento es una reflexión de los acontecimientos a lo largo del Programa de Empleo Temporal (PET) en el INAH Morelos. Como trabajadoras hemos tenido la fortuna de colaborar en varios centros INAH. Las experiencias y los sucesos han sido muchos, pero de lo que podemos estar más orgullosas es del aprendizaje permanente que nos ofrece el trabajo cotidiano.

Desde hace casi cuatro años participamos en el PET, surgido a raíz de un convenio firmado entre la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) y el INAH. El programa consiste en apoyar la conservación del patrimonio cultural por medio del apoyo económico a pobladores de condición económica muy restringida, con su incorporación al trabajo dentro de los proyectos que desempeñan los profesionales en el ámbito del patrimonio cultural edificado, arqueológico e histórico.

El PET se ha caracterizado por otorgar empleo a personas mayores de 16 años y por el respeto a la equidad de género, al condicionar que la participación sea igual en términos numéricos. De igual manera se contrata a trabajadores con capacidades diferentes, adultos en plenitud y mujeres embarazadas. Desde su inicio, la amplitud y diversidad representó un desafío notable, pues no se contaba con mano de obra especializada.

El primer año la experiencia fue fascinante. Como restauradoras de bienes muebles manejábamos tres proyectos

paralelos en distintos municipios, con 65 personas en cada uno de ellos, sumados a los monasterios del siglo XVI declarados patrimonio mundial. El carácter de las intervenciones se enfocó en los espacios abiertos de los monumentos y en las medidas emergentes pero, sobre todo, urgentes.

Para tomar las riendas del programa se decidió establecer diálogos y pláticas: explicar el significado del patrimonio cultural, además del funcionamiento del INAH, los objetivos del trabajo y los materiales a utilizar. Después, en demostraciones multitudinarias se apagaba la cal, se cernía la arena, se preparaba la baba de nopal, la tierra de tepetate y las mezclas. La organización en cuadrillas facilitó la capacitación.

Para trabajar en equipo incluso se organizaron grandes cadenas humanas para acarrear piedra y sacar el cascajo. Desde nuestra perspectiva, estos primeros programas contaron con la virtud del trabajo comunitario solidario, enfocado, por ejemplo, en la limpieza de una gran casa. Tras años de encargarnos de la atención a monumentos religiosos de manera esporádica, ocasionada por la falta de recursos, de pronto tuvimos la oportunidad de encabezar tres proyectos simultáneos. Esto supuso la responsabilidad de ejercer la autoridad que nos otorga la misión de aplicar la normatividad en la salvaguarda del patrimonio, pero también la de trabajar, manejar fondos financieros y atender en forma continua los espacios durante tres meses. Otra vez tuvimos la oportu-



Tamizado de arena, San Mateo Atlatlahucan (octubre de 2009) **Fotografías** Teresita Loera Cabeza de Vaca y Frida Itzel Mateos González



Eliminación de barniz en la puerta de acceso al templo, Santo Domingo Oaxtepec (septiembre de 2009)



Aplicación de bruñido en las bóvedas de San Antonio de Padua, Atlacholaya (octubre de 2011)



Limpieza de microorganismos en la barda atrial de catedral de La Asunción, Cuernavaca (junio de 2009)



Reposición de barda atrial, San Guillermo Totolapan (noviembre de 2009)



Trabajos comunitarios (abril de 2010)

idad de jugar en la cancha donde se libran las batallas y se construyen los caminos.

La implementación del PET continúa, pero es tiempo de reflexionar sobre los resultados y evaluar el panorama a futuro. Después de cinco años seguimos trabajando de manera emergente, sin construir un proyecto específico ni de carácter multidisciplinario para cada monumento, pese a que estamos en constante comunicación con arqueólogos, biólogos y arquitectos. Entendemos que nuestro quehacer se ha ido debilitando, ya que por un lado los monumentos requieren no sólo de proyectos, sino de mano de obra especializada, con la que no contamos.

Las necesidades de diagnóstico, jerarquización de las intervenciones e investigación aún no se concretan. Los programas difícilmente tienen continuidad y sólo son evaluados en términos cuantitativos.

En el PET, los trabajos llevados a cabo se centraron en limpiar los espacios abiertos, revalorar la arquitectura al aire libre (como el atrio, el huerto y las techumbres), retirar el material acumulado, consolidar los elementos con problemas estructurales (recalce, consolidación y reestructuración de bardas y aplanados), eliminar los aplanados de cemento en general y demoler los elementos de concreto en el espacio.

El INAH, institución siempre vigente por su vínculo y defensa del patrimonio cultural, requiere de vías alternativas para impulsar sus iniciativas. Creemos, sin temor a equivocarnos, que el PET puede representar una pequeña luz en el horizonte, siempre y cuando no quede aislado ni disperso. Es una verdadera esperanza para la recuperación de la conciencia y apropiación del patrimonio social y cultural, que le confiere sustento a nuestro quehacer, pero consideramos que el vínculo con la institución debe traspasar el compromiso trimestral y administrativo con la Sedesol. Además, debemos proyectar con un enfoque multidisciplinario y hacer el seguimiento y evaluación de los proyectos.

A manera de reflexión final, nos permitimos afirmar que estos proyectos han representado una gran oportunidad desde el punto de vista profesional y personal. Durante años hemos creído de modo genuino que el patrimonio requiere de iniciativas incluyentes desde todos los ámbitos. La experiencia en campo revela, de manera casi inmediata, la necesidad de consolidar los puentes con los usuarios y herederos de este patrimonio: los pobladores. Sin embargo, no habíamos vislumbrado con nitidez los caminos indispensables de recorrer antes de realizar una intervención detallada en el campo de la restauración. La experiencia con el PET, que inicialmente vimos con desconfianza, nos produjo un cambio de perspectiva y se convirtió en la materialización de una vía para la defensa y protección del patrimonio cultural ❖

* Restauradoras, Centro INAH Morelos